

27/10/1955
09 p. 8

Lo Que Niega un Cosmopolita

No se entiende por qué para algunas gentes el adjetivar una idea o un concepto con la expresión "peruano" les resulta tan molesto. Detestan el nacionalismo —aunque, en un caso así, no es exaltado, agresivo u hostil— y, a redopelo, se proclaman internacionalistas furibundos. Sólo en una cabeza confundida por todo tipo de abstracciones, en una mente habituada a proceder sin que le lleguen las oleadas de sangre que proceden del corazón, el hablar de paisaje, heroísmo, arte, misión y esperanza peruanos puede considerarse peligroso para la supervivencia de un sentimiento de fraternidad universal. Habría que pedirles a tales individuos —cuya nacionalidad es sólo un documento legal que sirve para integrar delegaciones paradójicamente peruanas al extranjero— que descendan a la tierra y actúen en ella con un poco más de generosidad y amor.

El Perú es una nación, qué duda cabe, pero es eso en virtud de que, antes, los elementos que la integran —hombre, naturaleza, geografía, etc.— poseen un denominador común consolidado a través de la historia.

En tal sentido el Perú, mal que le pese a los defensores del cosmopolitismo en la vida y en el arte, no es únicamente una noción política. Si un señor asiste a un congreso de arquitectura representando al país, es porque el país posee en ese orden una personalidad particular: encarna momentáneamente ese delegado una tradición que constituyen Machu-Picchu, Pachacamac, la Catedral del Cuzco, Torre Tagle, etc. Encarna, en una palabra, a la arquitectura peruana, expresión que no conjuga dos heterogéneos, como se ha sostenido, sino que identifica dos nociones de índole espiritual.

¿Es sólo por suerte de un acuerdo político, de una especie de contrato suscrito sabe Dios cuándo, que el Perú es una comunidad humana unida desde hace siglos? ¿Es gracias a que un indio de Huancayo, un negro de Chíncha, un mestizo de Lima y un blanco de cualquier punto de la República tenemos papeles y libretas con el mismo escudo que nos sentimos mancomunados ante los innumerables elementos reales e ideales que nos rodean? Decir que sí es mentir. Y el milagro de la nacionalidad consiste precisamente en que el paisaje de Puno, por ejemplo, nos toque más el alma por ser peruano que el del altiplano boliviano que tanto se le semeja. Milagro éste que hace que consideremos, por sobre cualquier otro gesto de grandeza, el de Grau en sus campañas marítimas y que leamos con especial y distinta emoción a Garcilaso o Vallejo. Eso que nos comunica con los antiguos o recientes muertos, eso que nos proyecta hasta los que todavía no han nacido, esa fuerza que nos lleva a luchar contra todo lo que nos niega, es lo que se debe llamar la misión peruana y la esperanza peruana: un ideal sobrehumano, sí, porque con la insignificante energía de una vida queremos hacer que la historia se mueva de una sola vez hasta su meta.

No importa que estas palabras sean motejadas de líricas y patrióticas. Peores, a todas luces, son las que suenan a prosaicas y sin sentido. Hay una clase, demasiado vieja ya, de esnobismo, y es la que dispone desdeñar de todo aquello que la mayoría siente profundamente y con lo cual todos palpitan. El ademán será muy elegante, muy culto, muy refinado —digno de figurar en las páginas de alguna revista internacional—, pero es perjudicial en un medio donde urge acercarse a la multitud, aclararle sus ideas, conducirla con ánimo educativo a sus más altos fines. Es la labor que tiene como objetivo procurarle al país una conciencia de sí y de su porvenir. Por cierto que no es en absoluto sorprendente que los afiliados a las corrientes del llamado arte abstracto muestren desprecio por ese quehacer. Ese supuesto arte, como se ha dejado ver, comienza por negar la nacionalidad de cada uno y concluye por borrar al hombre de carne y hueso del tiempo y la realidad.

Sebastián Salazar Bondy